

Una vieja promesa r

Ardat se despertó al oír a los campesinos encomendarse a Dios. Se asomó a la ventana. Casi todos los habitantes de la pequeña aldea se estaban reuniendo. Pudo ver el miedo en sus caras a la luz de las antorchas. Sus puños crispados se cerraban alrededor de aperos y herramientas, enarbolados como armas. Un murmullo continuo impregnaba el aire frío de aquella noche sin luna. Al cabo, entre la agitación, logró distinguir una frase.

—La bestia ha vuelto.

Había estado esperando aquel momento durante veinte años. Lo temía y lo deseaba a partes iguales desde el día en que cayó una maldición sobre la aldea.

Recordaba con nitidez aquellas noches: al principio, solo moría el ganado. Al amanecer, encontraban los cadáveres rotos, destrozados de forma incomprensible. Sospechaban que no era ningún animal salvaje porque no faltaba ninguna parte de los cuerpos. Aquello que los mataba no lo hacía para alimentarse. Unos pocos voluntarios rastrearon los bosques y las vaguadas sin descanso, pero no hallaron ningún rastro del ser culpable de semejantes obras.

No pasó mucho tiempo hasta que murió el primer aldeano. La histeria se apoderó de la aldea y los más valientes se lanzaron a batir los bosques, sin éxito. A los pocos días, un grito despertó a alguien, que despertó a todos al descubrir el origen; nueve miembros de una familia, entre ellos cinco niños, yacían despedazados en su casa. Faltaba el padre de las criaturas. Se afilaron guadañas y se prendieron faroles y antorchas. Un rastro de sangre llevaba hasta una arboleda cercana. Esta vez, la ira había superado al miedo y los hombres, en masa, se lanzaron a la caza. Ardat pugnó por unirse a la partida, pero no permitieron marchar a ninguna mujer. Los cazadores siguieron el rastro hasta un claro, donde contemplaron una pesadilla.

Los que estuvieron presentes apenas hablaron de ello desde entonces. Sin embargo, la descripción de aquel ser y los detalles de lo que sucedió después fueron el combustible de las más oscuras fantasías de los lugareños. Lo único que Ardat sabía de forma clara era que la criatura, que huyó cuando llegaron, había llevado lo que quedaba del hombre al claro; que la persecución duró gran parte de la noche y que, cuando consiguieron alcanzarla al despuntar el alba, desataron la furia colectiva sobre ella a golpes, puñaladas y fuego. La criatura se zafó entre alaridos y cayó malherida a una profunda garganta. Cuando algún aldeano osado consiguió descender, buscó sin éxito sus restos en los rápidos del río que discurría entre afiladas rocas. «Se la habrán comido los lobos». «Se la habrá llevado el río...» Nada podría sobrevivir a una caída así. La dieron por muerta.

Veinte largos años atrás, cuando los demás habitantes de la aldea celebraban la victoria, ella solo sintió dolor; aquella noche, mientras todos dormían, la bestia también se había llevado a su hijo. No encontraron ningún rastro de él.

Su hijo. Su niño amado. Aquel fruto de un efímero encuentro con un viajero que solo pasó una noche en la aldea, durante la fiesta de la cosecha. Esa noche, el extranjero la miró, y sus extraños ojos de azabache prometían algo. Ardat quiso saber el qué. Él se marchó antes del amanecer y no volvió a aparecer jamás.

Su niño querido, tan inteligente, tan enfermizo, tan repudiado. Durante quince años, hasta su desaparición, tuvieron que lidiar con las miradas y los comentarios de los aldeanos. Ardat afrontó con entereza los envites de los más puritanos, para los que su hijo era un bastardo, e hizo lo que pudo por darle una vida normal. Y así fue hasta que la bestia irrumpió en sus vidas.

Esta vez no se quedaría atrás. Ocultó su rostro con un largo manto, cogió su mejor cuchillo y se unió a aquellos hombres que enmascaraban su miedo con furia.

Igual que la última vez, se podía ver un rastro claro que nacía en el punto en el que un lugareño había sido asaltado y se perdía en la negrura del bosque. Parecía que la bestia les marcara el camino. Siguieron las huellas hasta la entrada de una gruta. El espíritu belicoso de la partida murió ante aquel umbral. Nadie profería ahora las maldiciones que restallaban bajo los faroles de la aldea. Ante la oscuridad, susurraban.

Sin decir una palabra, Ardat empuñó su cuchillo, se descubrió el rostro, le quitó una antorcha de la mano al hombre más próximo y avanzó hacia las tinieblas. Un quedo murmullo de sorpresa e indignación la acompañó mientras avanzaba hacia aquella negrura. Nadie la detuvo.

Avanzó por los recovecos de aquella gruta, siguiendo las manchas de sangre del suelo. Siguió caminando hasta llegar al fondo de la cueva. Y lo vio.

Allí donde la luz de su antorcha comenzaba a morir, una sombra destacaba entre las demás. Su cuerpo, que recordaba al de un hombre, se encontraba en una posición que ningún humano podría adoptar. Jadeaba mientras terminaba de destrozar la caja torácica de su víctima con lo que parecía la caricatura macabra de una mano. Un hedor penetrante inundaba el aire. Al ver la luz de la antorcha, la bestia giró la cara hacia ella. Dejó caer la costilla ensangrentada que acababa de arrancar. El hueso rebotó en el suelo y los sonidos huecos resonaron en las paredes de roca. La bestia fijó su mirada en Ardat; dos puntos desiguales que le devolvían el titileo de la luz de la llama. La bestia parecía inmóvil, pero al fijarse mejor, Ardat descubrió que no era así; ninguna parte de su cuerpo estaba quieta. Sufría ligeras convulsiones de manera constante.

Pasados unos segundos, la bestia inició una serie de movimientos forzados y violentos, como si tratara de expulsar un elemento extraño de su garganta, hasta que articuló un sonido con voz rasposa.

—Madre... Has venido.

—Hijo mío. ¿En qué te has convertido?

—Intenté... evitarlo. Desde que empezó a crecer dentro, he intentado evitarlo. Pero no puedo pararlo. Cada vez que mato... me duelen los gritos, las súplicas... Lloro con cada una de sus lágrimas. Pero si no lo hago... es mucho peor. La sombra se agita en mi cabeza. Y luego llega el ruido. El sol... el estruendo del sol es un suplicio. Y la noche no es ningún consuelo; la luna, las estrellas. Me torturan. Tanto ruido... Y no se callan. No... no se callan hasta que no deshago... deshago algo. Aunque siempre por poco tiempo...

—¿Dónde has estado? —preguntó Ardat sin poder contener las lágrimas.

—Me fui lejos. De casa. Y también he intentado alejarme de los humanos... Pero siempre tengo que volver. Las vidas menores... no acallan el ruido. Nada trae tanto

silencio como esto. —Hizo un brusco gesto hacia la masa informe que una vez fue un aldeano—. Pero siempre vuelve, madre... Lo he intentado. Muchas veces. Acabar con todo. Otros también. Me han matado de muchas formas. Pero no muero... Aunque ahora... algo, quizá la única fuerza de este mundo que aún está de mi parte, me lo ha mostrado. Una visión. Y sé que tú... tú también lo has visto, por eso has venido. La única mano que puede ponerme fin...

—...es aquella que no desea hacerlo— terminó ella, con un nudo en la garganta.

La bestia se adelantó hasta quedar iluminada por la antorcha. Ardat ahogó un gemido al contemplar aquel cuerpo retorcido. Pero fue el rostro lo que captó su atención: la piel, gris y escamada, se retorció con palpitaciones constantes alrededor de unos ojos negros que ya había visto antes. La bestia habló con voz queda, y por primera vez, su voz le recordó a la de su hijo.

—Tú me trajiste a este mundo, te pido ahora que me saques. —Avanzó otro paso—. Antes de que vuelva el ruido.

Recordaba ahora con claridad la mirada del hombre cuya simiente engendró a aquella criatura. La promesa que brillaba en sus ojos la atrajo sin remedio. Si tan solo hubiera podido adivinar el presagio que escondía... Pero las consecuencias de su curiosidad la habían llevado hasta aquella sima. No había vuelta atrás. Debía pagar el precio de su imprudencia.

Avanzó hacia su hijo hasta arrodillarse junto a él. La bestia se acercó a su vez, envolviendo la mano de su madre con la que esta sujetaba el cuchillo. Lo dirigió hacia su pecho, entre dos de sus marcadas costillas, y colocó la punta sobre su piel corrupta.

—Ninguna madre debería hacer esto —susurró Ardat, mientras posaba una mano en la deformidad que una vez fue la cara de su hijo.

—Solo quiero que pare el estruendo... —Dijo la bestia, y empujó ligeramente el puñal hacia sí.

Mientras hundían conjuntamente la hoja en la carne, las facciones de la bestia se relajaron, y Ardat vio un atisbo de luz en los ojos de su vástago, justo antes de que se apagaran. El cuerpo se desplomó sobre ella, al fin quieto. Al fin en paz.

Había pagado el precio. Lo sostuvo entre sus brazos, observando su marchito semblante, hasta que se consumió la antorcha.